

lla y su luz reflejábase en el mar oblicuamente, en línea rojiza que parecía hundirse en el abismo...

Nadie hablaba en la lancha. Bautista había cogido mi remo y ayudaba para llegar pronto. Las olas, más gruesas que antes, sonaban sordamente sobre los cantos rodados de la orilla, que parecía estar muy lejos. Hubo un instante en que creí que no llegaríamos nunca, que navegábamos en un mar sin límites, lleno de nieblas y de misterios. Escondiose el lucero, y en su lugar brillaban ya mil mundos en el espacio azul. Todo lo demás era negro...

Cuando la lancha tocó tierra, el golpe que dió me hizo el efecto de una mano importuna que me sacudía, rompiendo el hilo de un hermoso sueño...

Estábamos delante del almacén. La luz de una linterna brilló de pronto á pocos pasos, y al saltar á la playa, en medio de la obscuridad que nos envolvía, me pareció que llegaba á una tierra ignota, diferente de la que pocas horas antes miraba como cosa familiar...



Paisaje

I

La lluvia nos hizo volver á casa más que de prisa. Volviamos rendidos, aspeados de tanto subir y bajar cerros en persecución de las perdices, sin haber conseguido cazar ninguna. El remojón final aumentó nuestro disgusto, y sólo pudo consolarnos el calorcito exterior de un hermoso fuego de leña que encendimos en la cocina y el no menos grato calor de unas sopas de ajo con huevos, que despachamos en un santiamén, rociándolas con vino tinto de la Huerta, espeso y obscuro.

Mi primo Leopoldo, que es de una naturaleza alegre por excelencia, recobró al punto su buen humor, empezó á bromear con Manuel el casero, y hasta le propuso

pasar la noche pescando salmonetes en el islote próximo á la playa. Yo, á pesar de lo que suavizan el ánimo un buen fuego y unas buenas sopas, cai en honda melancolía. Bien sabe Dios que no eran motivo, ni aun remoto, de ella, mis desaciertos como tirador; no pongo en esto mi vanidad, y lo cierto es que si al blanco suelo dar á menudo, al vuelo no acierto nunca, dicho sea entre nosotros. No; lo que me entristecía era el nublado, la falta de luz, el cielo gris, el mar de color sucio, indefinido. El sol es para nosotros, los de Levante, la vida entera, y en cuanto nos falta, nos achicamos, nos entristecemos, se nos encoge el alma, como las flores encogen sus pétalos así que anochece.

En mi impaciencia por que cesase la lluvia, sali varias veces de la casa para observar, en pleno campo, el cariz del tiempo. Por fortuna, mejoró rápidamente, y en mi sexta salida noté que había cesado de llover por completo. El campo parecía revivir. Los colores de los árboles y de las flores, el dorado de los rastrojos, el verde de la grama que cubría parte de la vecina era, todo lucía con nuevo esplendor. El suelo, blanquecino de ordinario, se había oscurecido, presentando ahora un tinte

gris intenso, de tierra de Siena, muy simpático á la vista. Un pino que crece solitario en el linde de la era, destacaba su mojado tronco, negro rojizo, bajo la ancha copa verde, aterciopelada, triunfadora en color sobre la masa próxima de algarrobos oscuros y almendros casi desprovistos de hojas. Todo estaba en calma, sin un ruido: parecía muerto; y en aquel inmenso silencio, las gotas de lluvia, que caían á intervalos de los árboles, sonaban en la tierra fuertemente, produciendo la ilusión de que alguien andaba por allí cerca. Dos ó tres veces volvi la cabeza, creyendo que venia el casero ó que algún chiquillo jugueteaba á mis espaldas.

De pronto salió el sol, y sus rayos hicieron brillar en la montaña, con mil destellos plateados, las fuentecillas, los hilitos de agua que brotaban y corrían aún por todas partes, último vestigio de la lluvia, que alegraba así el fondo gris azulado de la sierra. El cielo iba aclarándose por el lado del mar; sólo permanecía sombrío á mi derecha, ocultando parte de los picos más lejanos, en cuya falda dos ó tres casitas perdidas—viviendas de guardas ó leñadores—blanqueaban fuertemente.

El sol estaba cerca del ocaso, y á poco lo cubrió por completo la nube. La luz se hizo nuevamente fria, y el reposo, el silencio del campo pareció aumentarse. El mar entraba en calma, y apenas si de vez en cuando llegaba de él un golpe de viento fresco y suave. La tierra olía con ese olor de ozono que ensancha los pulmones y despeja el cerebro; y de repente el pino comenzó á enviar bocanadas de aroma, en que se mezclaban la esencia de resina y el perfume de los brotes tiernos. Me sentí dominado por las cosas, y mi melancolía trocóse en dulce serenidad interior, en olvido de mi persona, en sueño de mi conciencia, que perdía su ser propio, para convertirse, como dice el poeta, en *un troç mes del prat suau*.

II

De mi éxtasis vino á sacarme el ruido de un carro que se acercaba crujendo los ejes y repicando las campanillas de la mula. Debía estar lejos aún; pero en la calma inmensa del campo y del mar próximo, los sonidos marcábanse con toda pureza, propagándose á largas distancias.

En la casa debieron también oír el carro, porque al punto salió afuera Manuel.

—Ya está ahí mi mujer—dijo.

Recordé entonces que Rosa, la casera, había ido al monte—en una de cuyas cañadas (*foyas*) poseía varios bancales, plantados á la sazón de maíz—para recoger la cosecha. Con ella habían ido sus dos hijos, dos rapazuelos, el mayor de los cuales hombreaba ya con sus ocho años y medio.

El carro iba acercándose. Oíanse las voces de los chiquillos, que arreaban la mula, y al fin desembocó por el lado de la era.

—¡Ya habéis llegado!—exclamó Manuel al verlos.

—¡Me parece!—contestó Rosa, que venía de pié en la delantera, con los morenos brazos al aire, la cabeza cubierta con pañuelo obscuro anudado bajo la barba, en una mano las riendas y en la otra una vara de almendro llena de hojas en la punta.

—Os habréis mojado—dije yo.

—¡Figúrese usted!—contestó la mujer mientras soltaba las riendas y brincaba desde su sitio al suelo, con gran rebullicio de faldas y refajos.—No me mire el señorito—añadió sonriendo.—Vengo hecha un San Lázaro de rota y sucia.

—¡Como si el señorito no te hubiera visto vestida de limpio!—observó Manuel.

—Vaya, descarguemos el carro.

Ya los dos chiquillos habían comenzado la faena, probando á bajar un capazo grande, repleto de mazorcas; pero tuve que acudir en su ayuda, y conmigo Leopoldo, que salió de la casa apenas oyó las voces.

En pocos minutos estuvo toda la carga en el suelo. Fuimos vaciando los sacos y capazos sobre esteras, para que no tocase el fruto en el húmedo suelo, y quedó un enorme montón de mazorcas de verde funda, entre cuyos desgarrones brillaba el dorado suavísimo de los granos, y á cuyo final caía el lacio penacho de rojizas fibras.

—¿Las habrá tiernas?—preguntó Leopoldo.

—¡Ya lo creo!—dijo Rosa.—En seguida vamos á encender fuego para asar unas cuantas. Ya sé yo que les gustan á los señoritos.

—En la cocina hay fuégo—apuntó Manuel.

—No, no, aquí—dije yo, deseoso de continuar respirando el aire libre.—La tierra no está muy mojada y se podrá encender una hoguera.

—Eso sí—contestó Manuel.—En dos minutos.

Desenganchó la mula, metiéndola en la cuadra, retiró el carro hacia la era y comenzó á traer sarmientos y broza.

—¿Dónde va la hoguera?—preguntó.

—Aquí—dije señalando un sitio á la izquierda de la casa, desde donde se dominaba perfectamente el mar y la especie de barriada que han construido los pescadores casi en la arena.

Encendi un fósforo, lo apliqué á la broza, al momento brilló la llama, con gran humo blanco, que subía recto, sin ondulación, desvaneciéndose á poca altura. Iba cerrando la noche más pronto que otras veces, por cubrir el nublado gran parte del cielo; y en las sombras, cada vez mayores, tomaba fuerza el resplandor del fuego, reflejándose en los charcos de la lluvia y enviando coloraciones rojizas á los objetos próximos.

III

Sentados en sillas alrededor de la hoguera, comenzamos á comer mazorcas. Rosa las humedecía ligeramente con aceite y las espolvoreaba con sal antes de me-

terlas en el fuego; y allá iban asándose, tostando el pálido amarillo de los granos, chamuscándose á veces. Cuando las juzgábamos á punto, se sacaban y cada cual sacudía la suya contra la mano para quitarla la ceniza. No hay para qué decir que Leopoldo era el más comilón de todos, incluso los chiquillos, que á menudo reñían por grano más ó menos. Sacó Manuel el porrón de vino para animar la comida, y á poco ya estaba él, suelta la lengua, contando chascarrillos, que presumía de referir con especial gracia.

Vuelto de cara al mar, escuchábale yo con el gusto que cada vez más pongo en oír la charla de los campesinos, Rosa interrumpía á cada instante con bromas y con interjecciones, á veces sobrado enérgicas para labios de mujer, y Leopoldo reía con grandes carcajadas las ocurrencias de los otros. En el reposo de la noche, que nos rodeaba de tinieblas, sin otros ruidos cercanos que las turbasen, aquellas voces fuertes que hacían resonar las palabras, dulces y halagadoras á mi oído, del habla regional, adquirían los caracteres de una conversación artística, en que las frases, el acento, la pronunciación, tomaban valor representativo, elevándose sobre la estre-

cha particularidad del momento. El alma de mi raza crecía dentro de mí, y como si buscara algo, miré afanoso al horizonte del mar, obscuro, negro en aquel instante como el presente de mi tierra, pero de cuyo seno profundo surgen, de tiempo en tiempo, nuevo resplandor y nueva vida.

De pronto dibujóse entre la barra negra de nubes una luz vaga, indecisa, de tono rojo, que parecía una ilusión y no alumbraba nada las tinieblas. Poco á poco fué aumentando, y un suave rubor encendió las aguas. A medida que aumentaba el color rojo, iba subiendo, subiendo, hasta que por encima del nublado, en un espacio libre, apuntó una claridad blanca, que empalideció las estrellas próximas. Al cabo mostróse la luna, brilló con fuerza, y el horizonte y la bahía se hicieron luminosos...

A mi espalda, las voces, como poseídas de súbito entusiasmo, sonaron más fuertes; y hasta Leopoldo, atraído por el ejemplo de Rosa y Manuel, se había lanzado á hablar en el dialecto de la tierra, que destrozaba sin misericordia, con gran algazara de los campesinos.



¡Al agua, patos!

La temporada de baños no comienza para los madrileños en día fijo. La emigración á las playas del Norte ó de Levante se adelanta ó retrasa conforme á los aprietos del calor, que unos años madruga más que otros. Pero en mi tierra—y especialmente en la aldeita donde suelo pasar los veranos—la tradición es inflexible. El primer chapuzón *colectivo* ha de ser el día de San Cristóbal, para dar lugar tal vez á que el Santo obre el milagro consabido; pero mucha gente se retrasa hasta la fiesta del Carmen—otra fecha célebre en nuestros fastos balnearios,—y desde entonces ¡agua va!, ó mejor dicho, ¡agua venga!

La fecha de la Virgen del Carmen no se me olvida nunca, porque también yo guardo el uso patrio de comenzar en ella

los ensayos de natación... sin corchos ni calabazas; pero del remojón de San Cristóbal no suelo acordarme ningún año. Por fortuna, siempre hay alguien que se encarga de refrescar la memoria, y esta vez cupo tan importante misión al médico del pueblo, compañero mío, casi diario, en excursiones de caza y paseos higiénicos.

—Hoy vamos al mar—me dijo.—Está aquello muy animado.

—¿Y eso?—pregunté.—¿Han venido ya los *busoteros*?

Conviene saber que las gentes de los pueblecitos de la sierra más cercanos acuden habitualmente á nuestra playa para bañarse, y por ser los más procedentes de Busot, les llaman aquí, con apelativo común, *busoteros*.

—Uno ó dos matrimonios hay, por excepción—contestó el médico.—Hasta el 16 no llegará la mayoría. Pero hoy es San Cristóbal.

—¡Ah, vamos! Hoy le toca ahogarse á alguno, ¿no es eso?

—Así dicen. Pero como la gente padece más de curiosidad que de miedo, allá se han ido desde buena mañana varias familias del pueblo. Mi mujer nos tiene preparada merienda. Conque andando.

Por sendas que á veces se confunden con las acequias de riego y obligan á saltar márgenes, caminamos hacia la orilla del mar. Apenas dejamos el caserío agrupado que forman la iglesia, la escuela, las tiendas y las construcciones principales, nos azotó la cara el Levante fresco y húmedo, que agitaba el ramaje de la arboleda con manso ruido. Admiramos de paso tal cual algarrobo vejancón, adornado de verde fruta; los olivos cenicientos que ya mostraban la jugosa cosecha, y los maizales de altura desigual, apenas nacidos unos, con dorado penacho y largas mazorcas otros, ora gozando de amplios bancales, ora rodeando á manera de empalizada las plantaciones de melones, calabazas y cohombros. Antes de llegar á la playa, el terreno sufre un desnivel considerable. La parte alta—llamada por antonomasia *El Llano*—está casi toda en rastrojo ó sin cultivo, llena de matas varias, entre las cuales se denuncia, de vez en cuando, por su aroma, el tomillo. Domina-se desde allí toda la ribera, y pudimos ya notar la animación con que los bañistas celebraban el día.

Casi todos eran mujeres. Chocóme la circunstancia y la hice observar al doctor.

—¿Pues no sabe usted—me contestó— que, aparte de ser las mujeres materia siempre dispuesta para divertirse, lo cual les da mayoría en todas las fiestas, los más de los hombres del pueblo están aún en la pesca del Africa?

Recordé entonces que nuestros pescadores no habían efectivamente vuelto de la expedición anual que emprenden á las costas del NO. de Marruecos, á Larache y á Tánger. Por lo común, sale la escuadrilla de *parejas* en la primera quincena de Mayo y en fin de Junio está de vuelta, con gran cargamento de atún, bonito y otros peces salados y secos; pero algunos años la pesca, muy abundante, engolosina á los patronos y tardan más en volver.

La falta de los laúdes notábase en la playa; sólo unos pocos, varados en la arena, cubiertos en parte de esteras ennegrecidas por el aire del mar y la lluvia, calentaban al sol sus cascos pintados de negro, y no había á su lado ni marineros dispuestos á la faena, ni mujeres remendando redes ó *nansas*. En la ensenadita de la Torre—llamada así por un torreón antiguo que desde lo alto de la costa la domina—veíase no más que una lancha pequeña, tripulada por un viejo y dos niños, y ocu-

pada en tirar el copo para divertir á una familia forastera que merendaba en la misma linde de las olas, entre la arena y los cantos rodados. Muy cerca de la orilla nadaban ó saltaban en corro, con grandes gritos, hasta una docena de chicos y mujeres.

—Al otro lado de la torre hay más gente—dijo el doctor,—y allí nos esperan.

Seguimos por lo alto del llano, y por detrás del torreón (á cuyo pié hay ahora un cuartelillo de Carabineros) nos dirigimos hacia la playa opuesta, á trechos rocosa, á trechos llena de alga, cerrada á Poniente por un islote que llaman «Los baños de la Reina mora», y abierta por Levante al panorama espléndido de la sinuosa costa de la Marina, que en el extremo horizonte avanza en dilatado cabo hasta muy adentro del mar. En aquel sitio la animación era grandísima. Todavía estaban bañándose muchos de los festejadores de San Cristóbal; otros preparaban la merienda, desdoblando manteles sobre el santo suelo, y más arriba, en las primeras tierras de labor, destacábanse con mancha brillante varios algarrobos, de cuyas ramas, formando tienda, colgaban grandes lienzos que el sol cercano al ocaso doraba

fuertemente. A la mezquina sombra de aquellos refugios improvisados, suelen vivir tres ó cuatro dias familias enteras que vienen de la montaña para bañarse, y bajo el cielo estrellado, luminoso, de las noches de estío, resuenan largamente las canciones y músicas de los serranos.

En vez de bajar desde luego, el doctor y yo nos sentamos á medio camino de la cuesta, sobre un saliente de la roca, para contemplar el cuadro y dar tiempo á que las mujeres saliesen del agua. Algunas, las más atrevidas, nos gritaron invitándonos «á nadar». El doctor contestó con bromas, y les arrojó piedras, que no llegaban, ni con mucho, pero que eran suficientes á promover gran algazara. La tarde iba cayendo poco á poco, y con ella caía también el viento. El oleaje se amansaba más y más, sonando apenas sobre la playa, y los montes vecinos, de un violeta obscuro, se perfilaban bruscamente sobre el fondo pálido del cielo. Las voces parecían subir de un hoyo profundo; se fundían en el rumor del mar y á veces adquirían tonos musicales, como trozos de un canto de sirena, que animaba el crepúsculo y le quitaba la nota melancólica, más dulce en la playa que tierra adentro.

Los bañistas salían uno á uno, por falta de sábanas para todos, y sobre el alga, casi negra, sentados para secarse, parecían marroquies envueltos en blanco alquicel, inclinados para la oración vespertina. En un hueco de la costa vestíanse las mujeres, en cuatro puñados, para acudir en seguida á la gente menuda, que se complacia en rodar sobre la arena y entrar y salir continuamente en el agua.

Ni un rayo de sol quedaba cuando bajamos para merendar. La anchisima bahía, serena, de tersa superficie, más parecía blanca que azul, y del confin de Levante, obscuro en la parte baja, irradiaba hacia lo alto una luz carminea suavísima...

Cesaron casi del todo las voces. Más era el comer que el hablar. Sólo cuando acabó la merienda, ya de noche, volvieron los gritos y los cantos. Disgregáronse los grupos numerosos, formáronse otros más reducidos—los niños y las muchachas delante, los hombres detrás—y se emprendió el camino de vuelta. De todas partes salían canciones á coró, algunas acompañadas del alegre golpe del pandero. Los bultos eran manchas negras sobre el campo que blanqueaba levemente, y á menudo desaparecían tras de un árbol ó de un maizal,

apagando las voces, que reaparecían más lejos con nuevo timbre...

Y en todas ellas notábase la alegría de un pueblo que ha cumplido la tradición, ha comido bien... y no tiene que deplorar ningún milagro frustrado de San Cristóbal, como es fama que ocurre casi siempre.



El brazo derecho

A la puerta del huerto me aguardaba el tío Ramón, alto, seco, erguido como el cayado en que apoyaba los brazos á la altura casi de la boca. Parecía, más que un labrador de la llanura, un pastor montañés, enjuto por los fríos de la sierra, atezado por el cierzo y el sol, magro por la sobriedad de queso y leche y pan duro. Su cara angulosa, completamente limpia de pelo, recordaba el perfil de nuestros montes calvos, sin un árbol que los sombre, é involuntariamente la vista buscaba el ganado de flacas cabras y el zurrón de piel, completamente necesarios de aquella figura extraña.

—¿Qué hay, tío Ramón?—pregunté al llegar á su lado.

—¿Qué ha de haber, señorito? ¡Trabajos!